
Editorial

La VI Asamblea General del Sínodo de los Obispos habrá de reunirse el próximo año de 1983 en torno al tema "La Reconciliación y la Penitencia en la Misión de la Iglesia".

Por nuestra parte, los colombianos estamos estrenando la **Ley General de Amnistía** votada por nuestras Cámaras legislativas y sancionada el pasado 19 de noviembre por el Presidente de la República.

★ ★ ★ ☆ ☆ ☆ ★ ★ ★

LA LEY GENERAL DE AMNISTIA

Con tenacidad y sin que exista razón seria para dudar de su buena voluntad, el nuevo gobierno colombiano intenta dar salida a la actual coyuntura de violencia mediante una amnistía general a los grupos alzados en armas. Violencia que no ha sido generada únicamente por quienes han empuñado las ametralladoras contra indefensos campesinos y agentes de la seguridad pública, sino también por los creadores y mantenedores de un orden social altamente injusto, financieramente corrompido, políticamente clientelista, militarmente represivo hasta la exasperación, y religiosamente en una irrefragable situación de pecado.

Por desgracia:

- El endurecimiento de quienes no saben dónde termina su delincuencia política y dónde comienza su criminalidad común contra la despavorida ciudadanía, hace temer por el éxito de la Ley de Amnistía.
- La ingenua o maliciosa identificación de la Paz y de la Reconciliación nacional con la Ley de Amnistía, puede conducir esta misma Ley a un rotundo fracaso.
- Las extravagantes exigencias de que las legítimas fuerzas del Estado abandonen determinadas regiones y territorios de la patria, y la contrarréplica gubernamental por una entrega plena y sin condiciones del material bélico en manos de los revoltosos, hacen temer justamente por el futuro de la Amnistía.
- Los intereses internacionales de los dos grandes bloques ideológicos, económicos y políticos que se disputan el dominio de esta región del mundo, no sólo hacen temer por la ley de Amnistía, sino por el acelerado y bien patrocinado proceso de "centroamericanización" de todo el continente latinoamericano.
- Los airados reclamos del hijo mayor siempre fiel que protesta contra el perdón que juzga excesivo para el hermano que ha derrochado el patrimonio doméstico, vuelve a ser una traba mortal para la reconciliación espiritual de hijos de una misma familia.

Lograr la auténtica Paz y la Reconciliación nacional supone que todos depongamos las armas. Esas que Pablo llama "armas de la injusticia al servicio del pecado" (Rom 6, 13): las ambiciones inconfesables del poder por el poder y del enriquecimiento fácil por cualquier forma; el menosprecio escalofriante de la vida y honra del hombre, imagen inviolable de Dios; el pisoteo sistemático de los derechos fundamentales tanto del individuo como de la entera comunidad; la escandalosa miseria de quienes tienen por qué alzarse contra el lujo de unos pocos y la incalificable concentración de bienes en unos cuantos grupos.

Lograr la Paz supone persuadirse de que el enemigo no es sólo el que se atrinchera para combatir a sus propios conci-

dadanos en el asalto a mano armada, en el cobarde secuestro, en la vil emboscada. Sino que el enemigo se anuncia por la televisión, transita nuestras avenidas en flamantes coches mal habidos, y se llama financista esquilador de los pensionados y de las viudas, funcionario venal, prestamista usurero, terrateniente explotador, juez parcializado, parlamentario ausentista y sacerdote complaciente.

Lograr la reconciliación supone un esfuerzo de honrada solidaridad y de acercamiento de quienes farisaicamente se consideran a sí mismos "los buenos" respecto de los que necesariamente resultan ser "los malos": los "buenos" de la izquierda y los "malos" de la derecha; los "buenos" patrones y los "malos" obreros; los "buenos" reivindicaciones de sus derechos por la violencia que engendra más violencia y los "malos" seguidores del ordenamiento jurídico y del estado de derecho.

La Ley de Amnistía supone que hay que generar un largo proceso de Reconciliación que no se logra, a su vez, sino a partir de una sincera conversión o cambio fundamental en las actitudes de todos los asociados.

* * * ☆ ☆ ☆ * * *

LA RECONCILIACION EN LA MISION DE LA IGLESIA

La Reconciliación no es un "algo" en la misión de la Iglesia; es la misión de la Iglesia si es que ella sirve a la misión misma de Jesús que derribó el muro de la enemistad y nos reconcilió con Dios en un solo Cuerpo (Ef 2, 14). De esa Reconciliación la Iglesia es sacramento, es decir, señal y a la vez instrumento. Reconciliada con Dios por Cristo y convocada en la unidad, en el amor, en la solidaridad, la Iglesia reconcilia, a su vez, a los hombres con Dios y a los hermanos entre sí.

Solo que las manías de la deshistorización hacen que lo que llamamos Iglesia sea percibido como un misterio inaferrable y vaporoso, y lo que llamamos Reconciliación se relegue a las zonas estrechas de un arrepentimiento efímero, sentimental e individualista.

La Iglesia sacramento de Reconciliación es la Iglesia visible, la de aquí, la de ahora, la perceptible y la palpable, la comunidad existente de personas que conformamos la Iglesia. Y a esta comunidad toca preguntarse si ella es señal y a la vez instrumento de Reconciliación en un mundo y en un país tan profundamente irreconciliado. Y tal vez lo que esta comunidad eclesial tenga que responder es que la Reconciliación no puede ser un producto para la exportación fuera de la Iglesia, sino que hay que comenzar por reconciliar desde dentro, desde el corazón mismo de la comunidad Iglesia.

Porque hay en ella:

- Una contradicción y un escándalo que se deriva de la brecha profunda entre hijos opulentos e hijos miserables de la misma Madre Iglesia.
- Un inaceptable transpaso de las abismales diferencias de clase de la comunidad civil a la comunidad eclesial.
- Una convivencia cada vez más insoportable dentro de la misma Iglesia entre explotadores y explotados en el frente económico-laboral, entre opresores y oprimidos en el frente político, y entre dominadores y dominados en el frente ideológico.
- Un tratar de colocarse por encima o al margen de la conflictividad social para no dar imagen de politización, como si con eso no se diera precisamente imagen de que nuestra comunión eclesial es impotente o es inoperante para realizar con eficacia la reconciliación de la que ella es sacramento.
- Una connivencia pacífica con el pecado de “buenos cristianos” que no tienen inconveniente alguno en renunciar a satanás, a sus pompas y a sus obras, pero que jamás han renunciado ni van a renunciar a sus prácticas económicas de explotación y acumulación de riquezas, a sus prácticas políticas de opresión, ni a sus prácticas ideológicas de dominación y discriminación.
- Un fuerte y bien nutrido clericalismo que genera el monopolio del saber eclesial, del poder eclesial y del culto eclesial; por lo cual las bases populares de la Iglesia, pese a

todas las declaraciones de hace veinte y más años, sigue marginada de su función profética, de su representatividad en el régimen de la Iglesia, de su función sacerdotal activa y participante.

- Un ejercicio de la autoridad eclesial a veces más en los parámetros de la dominación y del culto de la personalidad que en los cauces de un servicio para el establecimiento de la comunión y de la real participación de todos en la Iglesia.
- Una valoración mayor de todo lo jurídico, lo jurisdiccional, lo legal, lo territorial, lo institucional, antes que los vínculos primarios de la fraternidad y de la comunidad de hermanos en igualdad fundamental pese a sus diversidades funcionales.

Es evidente, entonces, que el paso previo para que la Iglesia reconcilie al mundo es que ella se presente a sí misma reconciliada, penitente, signo real y a la vez instrumento eficaz de la Reconciliación con Dios y con los hermanos. "Seguramente me vais a decir el refrán: Médico, cúrate a tí mismo. Lo que hemos oído que vas a hacer afuera, hazlo aquí en tu tierra" (Lc 4,23).

★ ★ ★ ☆ ☆ ☆ ★ ★ ★

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

El ministerio de la Reconciliación desborda ampliamente los márgenes del sacramento de la penitencia. Y sin embargo, ese típico realismo de la Iglesia Católica es difidente de quienes piensan estar reconciliados con Dios y con los hermanos con independencia o al margen del sacramento de la penitencia.

En el seguimiento creyente de Jesucristo, la conversión implica un cambio radical de vida y de actitud. Es la "nueva vida en Cristo" por la renuncia al pecado, a las obras del pecado y a las causas del pecado. Y ese es el significado del Bautismo cristiano. El sacramento de la Penitencia y de la Reconciliación no es "la segunda tabla de salvación después del naufragio" en un sentido paralelo o independiente del Bautismo, sino el sacramento de la penitencia y de la conti-

nua conversión para una comunidad eclesial que se experimenta pecadora y que cada día tiene que pedir que le sean perdonadas sus deudas para poder vivir la integridad bautismal.

La reconocida crisis actual del sacramento de la Penitencia quizás obedece al cambio de óptica que lo ha hecho desplazar de zonas estrictamente individualistas a su honda significación comunitaria; de conciencia sicológica a su dimensión teologal; de sus características de juicio a su dimensión pastoral dialogal; de un examen y acusación de actos a una sincera revisión de actitudes; de unos propósitos simplistas a una conversión a Jesucristo; de una penitencia de padrenuestros a un reforzamiento de la ortopraxis. Todo lo cual quiere decir que hoy necesariamente son mucho menos los que se confiesan quizás porque el sacramento ha venido a ser mucho más hondamente cristiano.

La conversión continua, la penitencia y la renovación constante es característica clave de la comunidad eclesial. La celebración de la misericordia y del perdón es pieza fundamental del engranaje sacramental. El sacramento de la penitencia es signo concreto e instrumento eficaz para la genuina Reconciliación de todos los hermanos operada por Jesucristo el Reconciliador (Rom 5, 11) y encomendada al ministerio de la comunidad Iglesia (2 Cor. 5, 18).

Sacramento de la Reconciliación universal, la Iglesia convoca y se convoca a la penitencia y a la conversión para una Paz que el mundo por sí solo ni puede dar ni logra encontrar. "Paz a los hombres que ama el Señor".